



## CANTES

El desaire de los conservadores  
británicos a la Europa de la  
nivelación fiscal tiene un no sé  
qué que queda balbuciendo

EN una de sus más celebradas aventuras, Guillermo Brown y sus Proscritos, los inmortales héroes de la tía Richmal Crompton, se echan al monte ante la perspectiva de una tediosa clase de Geometría («¡Jometría!», exclama Guillermo con infinito desprecio). No es una pella cualquiera. Saben que las van a pasar moradas, que abandonarán para siempre la civilización y sus lujos para sobrevivir en las durísimas condiciones de los cazadores/recolectores del Kalahari. Guillermo fracasa en sus tentativas de encender una hoguera, lo que no tiene demasiada importancia porque las manadas de conejos que supuestamente iban a ser asadas en la misma se burlan cruelmente de Enrique, su perseguidor. Douglas se reuerce de dolor tras atracarse de moras verdes, y Pelirrojo se intoxica catando raíces y bulbos. Pero se divierten como lo que son, enanos insurgentes, semilla de futuros MP de Churchill y temerarios pilotos de la RAF.

¿Será posible que el Reino Unido experimente, como auguran los laboristas, una regresión, si no directamente al Neolítico, por lo menos a la época de Mr. McMillan, para júbilo de los anglófilos de larga duración, que no podríamos soñar

mejor perspectiva? ¿Volverán las trenzas Montgomery, las chaquetas de *tweed*, las honestas bufandas de lana de las Shetland, las tiendas de pipas (de brezo, no Facundo) en Regent Street, el *fish and chips*, el té de las cinco, los taxis de riguroso luto, las pequeñas librerías especializadas en literatura afgana frente al British Museum? Sería demasiado perfecto. ¡Ah, mi cochambroso Londres bajo el *smog*! ¡La más aburrida y amable entre las metrópolis del planeta! ¡Cuánto daría por volver a encontrarte, así fuese por unas pocas horas! Pero no caerá esa breva...

El empirismo forjó el carácter británico y el empirismo lo deshace sin tregua. Durante la Gran Guerra, el Ejército de su Graciosa Majestad se reclutaba todavía según las pautas de la leva feudal, a regimiento por comarca. La desastrosa batalla del Somme, donde murieron seiscientos mil *tommies*, dejó sin hombres jóvenes a regiones enteras. Sin embargo, el Reino Unido no adoptó las formas de reclutamiento de los ejércitos nacionales hasta que la guerra entró en su fase final. El empirismo recalcitrante impone repetir varias veces la famosa prueba del *pudding*, que tanto admiraba Engels, antes de decidir si puede o no comerse. Sólo cuando se ha perdido la mitad de la dentadura en el intento cabe admitir que el postre está petrificado. Y sin embargo, una vez rematada la experiencia adversa, no hay nadie más tenaz en cantar la palinodia que los hijos de la rubia Albión, aunque les cueste un sarpullido.

Por eso, en cuanto rocen la renta per cápita de 1991, los británicos se darán más prisa en volver a Europa y a sus fiscalidades comunes que la que se dieron Guillermo y los Proscritos en bajar de la colina de Ringer hacia la reconfortante seguridad de un castigo más por parte de padres eternamente cabreados por no resolver el crucigrama del *Times* y madres penélopes inmersas en la inacabable tarea de tejer cubreteteras. Pero, mientras tanto, ¡qué gran espectáculo el de Cameron de la Isla dando el cante en el tablado continental, entre tanto palmero del Sarko y la Merkel!